

GUNNAR OLSON, *Abysmal. A Critique of Cartographic Reason*, Chicago, The University of Chicago Press, 2007. 553 páginas.

Este libro supone una reflexión de largo recorrido y gran sensibilidad por parte de un insigne geógrafo al llegar a la edad de su jubilación. Gunnar Olson se para a reflexionar sobre el significado tan hondo que tiene, para el ser humano, la práctica de la cartografía como actividad esencial de las ciencias geográficas.

Con buen criterio, el Prof. Olson no se reduce a valorar la geografía como un estudio gráfico del entorno humano, sino que lo extiende a un concepto del entorno mucho más amplio y sabio: los mundos en los que se mueve el hombre, tanto física como mentalmente.

Este giro ya dice mucho de la ambición de esta obra y garantiza la seriedad y novedad del proyecto.

Olson se embarca en páginas en las que muestra unos conocimientos amplísimos y un gusto de primera calidad. Su erudición, que se nos muestra bien asimilada, nos transporta por campos de la cultura tan difíciles y significativos como son la pintura, la arquitectura, la poesía, el teatro, la antropología o la literatura viajera. Su gran saber y una poderosa inteligencia bien entrenada le permiten ahondar en los conceptos básicos del saber geográfico con una fuerza y novedad sorprendentes.

El libro comienza desde las alturas de su circunstancia humana: la jubilación de un eminente sabio que ha enseñado e investigado en Europa y Estados Unidos, un investigador de la planificación urbana con la que estuvo especialmente involucrado como Director del *Nordplan Institut* de Estocolmo.

A la hora de cesar de enseñar regularmente, y desde la atalaya de su edad y de

su saber, Olson aborda tres aspectos esenciales de su ciencia como son (i) la frontera y lo fronterizo, (ii) el mapa de nuestras vidas y (iii) el problema, esencial para el hombre, de su ubicación: de dónde viene y a dónde va.

El planteamiento de esta magna obra comienza con una “Confesión” (pp. VII-XII), para adentrarse en el tema del hombre fronterizo, un ser humano que transcurre su vida entre dos dominios esenciales separados abruptamente por un abismo. A continuación se encarga de los mapas y de la actividad que ocupa al hombre de hacer mapas y de mostrarse a sí mismo el escenario de su existencia.

Olson continúa después con los instrumentos del hombre para ubicarse en una existencia que le desgarrar con su transcurrir enloquecedor. Se ocupa de la imaginación como fuerza creativa que le posibilita una medida sana en medio de todo ese caos existencial. La imaginación aparece, pues, como un arma de supervivencia imprescindible para entender y articular la vida del hombre. Un breve capítulo que el autor titula “*Collation*” (pp. 237-247) le sirve para afianzar sus dudas sobre la viabilidad de la intención de la razón cartográfica, de los geógrafos de la vida, para afrontar luego la idea de Atlas (pp. 249-273) y acabar con un largo Réquiem (pp. 365-414).

No hace falta mucha perspicacia para comprender el alcance biográfico y filosófico de este extraordinario libro. En él, las dudas de toda una vida fecunda de investigación y docencia sirven como motor de unas reflexiones muy serias y bien versadas sobre la existencia humana y sus dificultades.

*Abysmal* ofrece grandes incentivos al lector. El primero, apartar la geografía de su comprensión tradicional para entenderla como un saber que busca no sólo la descripción del escenario corpóreo de la vida, en donde se producen las traslaciones en el tiempo y en el espacio, sino también de ese ámbito más amplio de otros escenarios virtuales de la vida humana que tan influyentes resultan. En definitiva, los escenarios de la mente.

Tratándose de un libro cristiano, culturalmente hablando, un escenario central ha de ser lógicamente ese más allá de la vida del hombre hacia donde éste se encamina. Aparecerán así escenarios que no son accesibles a los cinco sentidos corporales, pero que sí capta ese sexto sentido “cultural” que con frecuencia menciona el autor.

Los mapas son pues instrumentos del hombre para comprender el significado de su vida y para orientar su acción. Le permiten, en definitiva, dar respuesta a las tres preguntas básicas de la geografía: de dónde vengo, en dónde estoy y hacia dónde voy.

El recorrido que el autor lleva a cabo por la historia de la cultura occidental y de sus avances más significativos, científicos, artísticos, filosóficos y políticos, es verdaderamente admirable, al alcance sólo de un maestro de largo y fecundo recorrido. Eso sí, un resumen hecho siempre con la tonalidad de una recapitulación, de una vuelta a casa que dota a la obra de un vigorizante halo teórico.

Olson se mueve en un mundo luterano en el que, desde su cultura sueca, se enmarca decididamente en lo que podríamos llamar la cultura gótica, un desarrollo occidental en el que Suecia quedó un tanto al margen. De manera probablemente natural para un sueco de su generación y desde su

Uppsala matriz, Olson se entronca en la cultura filosófica alemana a través de Immanuel Kant, al que precisamente dedica todo un capítulo específico (pp. 213-235). Posteriormente recorrerá todos los caminos de la cultura gótica para acabar de manera esperable en la apoteosis norteamericana — la de esa *Gotham City o ciudad maldita* que él curiosamente, y salvo que se me haya escapado inadvertida la alusión, no menciona— en la que irá a enseñar y en la que, desde el retiro en su Suecia nativa, publicará su libro finalmente.

No es extraño que su inserción en ese mundo gótico, del que se hace cargo y en el que será personaje relevante, se produzca con unas reflexiones expresadas en dos pasos: (i) el primero es asumir esa Grecia estilizada que la política gótica construye, idealizando lo presocrático pero con metodología férreamente ática; (ii) el segundo lo da su interés científico por el *mappae mundis medievalis* (pp. 57-75). El viaje detallado y minucioso de su pensamiento viene a ser el recorrido de un cartógrafo ilustrado, provisionado de lecturas muy amplias, dotado de un relevante gusto artístico y de una notable sensibilidad poética. No se puede decir lo mismo de su capacidad musical ya que el libro es en este sentido una obra sorda a las melodías de las culturas que atraviesa y, lo que podría ser más serio para un cartógrafo, ciega a las distancias tonales.

Una nota característica de este *Abysmal* es un cierto historicismo suave que le lleva de unas épocas a otras ordenadamente en el tiempo, si bien es cierto que también con grandes saltos y ausencias. La alteración más evidente, y esperable en un autor de cultura cristiana, es su desencuentro con la cultura judía. Introduce a Platón

antes que a Moisés, lo que resulta inquietante; y sus incursiones en el Antiguo Testamento son prácticamente transcripciones luteranas con todo lo que ello significa de falta de entendimiento. (Las citas bíblicas que menciona —todas King James— son extraídas con números de coordenadas). En este sentido el concepto de omnipotencia se prueba aquí una vez más como una marca insalvable para la comprensión filosófica entre ambas culturas.

En cuanto a la tonalidad de este libro, podríamos decir que está escrito mitad como un sacrificio y mitad como un relato profético. El autor ha viajado mucho, más que los lectores, y se esfuerza sinceramente por aportar el fruto de sus conocimientos. El autor, no obstante, siempre se mantiene atado al *graphos*.

A partir de aquí es mucho lo que podemos citar como méritos del libro. Sorprende su valoración terapéutica de los mapas construidos por el hombre, incluido su *pentimento* (p. 57); la importancia de las perspectivas (p. 138), el significado del *self-portrait* o autorretrato (p. 232); la trascendencia de la guerra (pp., 242, 275 y 308); la necesidad de las pantallas (p. 271); la reflexión sobre Gilgamesh o el hombre común y corriente (p. 272); el valor de la identificación semiótica y retórica (p. 331) o la estructuración del inconsciente (p. 339). Un mérito de este libro es el plantear sus apuestas y dudas con gran detalle y seriedad, de tal manera que siempre nos invita a pensar sin incurrir en ningún momento en la tentación de la invasión ideológica.

El conjunto de la obra acaba por presentarnos *willy nilly* una visión del mundo latente que se exhibe probablemente sin conocimiento de su autor. Un autor que,

como siempre ocurre, nos enseña sobre todo a sí mismo. Un sabio gótico para el que la vida es una guerra (p. 10) y en la que el hombre no cesa de pensar con depresión si puede recomponer su figura para evitar la locura (pp. 247, 343). Una obra que también intenta salirse de la férrea lógica aristotélica, con inciertos resultados, y en donde sus esfuerzos más conspicuos en este sentido, que hubieran podido encontrar sus vértices en el Walt Whitman del “*Do I contradict myself?*”, en el valor de la noche del Génesis 1:5 (p. 17) y en la retórica humanista, deriva por otros caminos. Su retórica queda por hacer, y así lo evidencia su tergiversación del concepto de juicio (*judgement*); un concepto crucial que Olson no puede dejar de entender si no es en el sentido kantiano y al que él personalmente se adscribe (p. 7). No deja así de ser explicable el emborronamiento de figuras que produce su identificación del policía con el juez y el fiscal (p. 182). En otro orden de cosas, su entrada en el Antiguo Testamento sigue sujeta a esa cartografía cartesiana de la que él abomina en ocasiones, lo que le cierra el paso a veces a la metáfora y le condena a la metonimia.

Tampoco sorprende que el autor nos declare, casi solemnemente, su identificación con el Sócrates de *La República* que “ha viajado de las profundidades de la noche (*darkness*) a las alturas de la visión intuitiva (*insight*) dialéctica” (p. 386). Una visión de un mundo visual, de sombras y luces siempre bajo el poder del Sol, en donde los viajes son siempre espiritualmente ascendentes hacia el mundo de la bondad y el conocimiento; un mundo en donde el señor de la luz socrático es el padre de la inteligencia y de la verdad (pp. 385 y 386).

En sus muchas idas y venidas dentro del laberinto gótico, Olson buscará incansablemente en el arte, la poesía, la filosofía y el teatro. Expansiona la cartografía hacia la captación y expresión del *Mindscape* o paisaje mental, y abre sus horizontes admirablemente. No resulta igual de fructífera su salida en busca de nuevas visiones teóricas del mundo, en donde se quedará apegado a cierta literatura de brillantez posmoderna, Ferdinand de Saussure, Jacques Lacan, Ludwig Wittgenstein, Paul Ricoeur, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Umberto Eco, Jorge Luis Borges, Mikhail Bakhtin, en un paseo desasosegado y sin fin que no le da en realidad acceso a ninguna nueva dimensión.

Son muchos los momentos en que Olson nos entrega verdaderas joyas en forma de excursos improvisados o reflexiones en torno a un autor o una idea. Sirvan de ejemplo sus apuntes sobre el ícono en contraste con las imágenes, las ideas sobre el dibujante de mapas (p. 246) y las concomitancias entre el cartógrafo y el

pintor (pp. 143ss). Sus páginas sobre la fascinante *Ebstorfer Karte* (pp. 61-75) y las anotaciones sobre Marcel Duchamp, Auguste Rodin, Kasimir Malevich, Paul Cézanne, Filippo Brunelleschi, Mark Rothko, Leon Battista Alberti o Alberto Durero, bastarían para hacer de esta obra un libro importante y un succulento placer para el lector.

La edición es impecable e incorpora al final un apéndice con sugerentes aportaciones creativas del propio autor (pp. 415-437). Apéndice innovador del que sobra con estridencia la coda final depresiva y tenebrosa: "Sign off. Misión completed. Go home Profesor...GO" (p. 427).

Es el retorno del mundo gótico, contaminación injusta con este admirable maestro del Mar Báltico y con lo conseguido en su valiosísima obra. Una injusticia estética con la que no se puede solidarizar el lector que haya tomado los antídotos del humanismo retórico del Mediterráneo.

MARC LLAMBRICH